



Pendientes de un milagro

Contamina, con 54 habitantes censados pero sólo 18 reales, se encuentra al borde de su desaparición.

“Si no aparece una empresa o nace un proyecto nuevo al pueblo no le quedan ni diez años de vida”, dice su alcalde.

HACE UNOS MESES el alcalde de Contamina, José María Morente, citó a sus vecinos en el ayuntamiento para plantearles con extrema crudeza la realidad que este pequeño pueblo de la comarca de Calatayud tiene ante sí. No quiso andarse con rodeos: “o hacemos algo rápido o nuestro pueblo desaparece en diez años”. Apenas unas semanas después nada ha cambiado y Contamina camina irremisiblemente hacia su ocaso. Sin industria ni apenas agricultura, sólo un milagro en forma de

proyecto redentor podría evitar lo que parece inevitable.

“¿El futuro en Contamina?... poco, muy poco por no decir ninguno. Ya ves lo que tenemos en el pueblo –dice Morente con un evidente gesto de contrariedad–, ¿a cuantas personas nos hemos encontrado durante nuestro paseo?”. Su agria pregunta no requiere respuesta; en veinte minutos de recorrido por las calles del pueblo tan sólo ha aparecido un vecino que supera los ochenta



años y dos albañiles que se afanaban en levantar el alero de una vivienda. “Pues eso es lo que hoy en día hay en Contamina –continúa Morente–, unos cuantos jubilados y poco más, algún que otro trabajador que viene de fuera para evitar que se caigan las casas”.

El alcalde de Contamina es claro en sus respuestas: “La situación está bien clara: si no aparece una empresa o nace un proyecto nuevo al pueblo no le quedan ni diez años de vida; es duro decirlo así de abiertamente pero es la realidad que tenemos delante, sin dinero en caja y sin inversiones externas no hay nada que hacer”.

Contamina vivió su mejor momento hace ochenta años. Tenía una pequeña cabaña de reses bravas y sus vecinos cultivaban las poco más de mil hectáreas de tierra de su término municipal. Desde esa fecha, su población ha ido disminuyendo paulatinamente hasta llegar a la situación actual de 54 habitantes censados aunque en realidad tan sólo 18 viven a diario en el pueblo. El poco comercio que hubo en Contamina fue desplazándose a los pueblos más cercanos

(fundamentalmente a Alhama de Aragón) hasta su cierre definitivo. “Es normal que la gente joven se haya marchado, aquí ya no hay nada; se van a Zaragoza, Calatayud o, con suerte, se queden aquí al lado, en Alhama, pero nadie se plantea vivir en Contamina”, dice José María Morente. “El más joven del pueblo soy yo, que ya estoy en los sesenta,... imagínate”.

UNA ÚLTIMA ESPERANZA

Aunque la situación es dramática, la Corporación municipal (el alcalde y su concejal de confianza) ha puesto en marcha una pos-

trera iniciativa con la que evitar la desaparición del municipio: promover una residencia de ancianos en la que agrupar a los mayores de los pueblos más cercanos a Contamina. El Ayuntamiento ya se ha puesto en contacto con los municipios colindantes y muchos de ellos (Cetina, Ibdes, Godojos, Calmarza, Cabolafuente, entre otros) ya le han dado su apoyo. “Todavía hay que trabajar la idea y, sobre todo, recabar los apoyos financieros de las instituciones, pero la posibilidad existe y queremos continuar con el proyecto”, dice Morente.

La idea de la residencia de ancianos y un segundo y último As que José María Morente se guarda celosamente bajo la manga, y que por el momento no quiere hacer público, son las últimas opciones que Contamina tiene para evitar su desaparición. Son los últimos cartuchos que le quedan en la recámara a este pequeño pueblo que se resiste a morir.

Pablo Naudín





Aire fresco para la comarca de Daroca

Retascón, a pesar de tener algo menos de cien habitantes censados, se multiplica los fines de semana.

ANTONIO Y MARIANO están apostados a un lado de la carretera desde bien temprano. Esperan la llegada del médico “para lo de las vacunas”, dicen. Es el primer día del periodo de vacunaciones y no quieren quedarse de los últimos. “Nos han dicho que a nuestra edad es bueno que nos pinchemos –dice Mariano–, pues entonces para qué vamos a esperar más tiempo, ¿no le parece?”. Estos dos jubilados componen algo así como la avanzadilla de Retascón, un pequeño pueblo de la comarca de Daroca que desde hace unos años ha comenzado a salir de su letargo y que los fines

de semana se multiplica con la llegada de decenas de familias y de niños que vuelven a su pueblo.

“No sabe usted como se pone el pueblo los sábados y los domingos”, dice Mariano con evidente alegría. “Aparecen nietos y nietas por todos los lados y en este parque que ahora está vacío no cabe ni un alma. No sé qué ha pasado en los últimos años, pero en cuanto hay dos o tres días de fiesta los jóvenes vuelven al pueblo con los críos y esto es una locura”. Antonio, más callado, asiente con la cabeza a los comentarios de su amigo y agrega que “la pena es que

esto no sea todos los días, pero ya nos podemos dar por contentos, hay muchos pueblos que se están muriendo, mientras que nuestros jóvenes se acuerdan de su pueblo y vuelven en cuanto pueden”.

Esta realidad ha convertido a Retascón en un pueblo vivo, “un pueblo con ganas de vivir” matiza orgullosamente su alcaldesa, Gisela Corthay. “Que muchas familias regresen al pueblo durante los días festivos no es fruto de la casualidad. Hay mucho trabajo detrás. Pero, ¡joj!, no sólo del Ayuntamiento, sino de todo el mundo. La gente de Retascón es muy participativa, somos un pueblo muy involucrado con sus proyectos y si falta mano de obra para terminar algo, ahí están los vecinos para hacerlo, como ya ha ocurrido en más de una ocasión”. No obstante, el trabajo diario que se realiza en el casco urbano de Retascón está en manos de los dos operarios municipales que trabajan para el pueblo fruto de un convenio del Ayuntamiento con el Inaem, una situación que ha permitido que el pueblo presente un aspecto envidiable.

Retascón, situado a cuatro kilómetros de la capital de la comarca, Daroca, carece como muchos de los pequeños pueblos de la provincia de Zaragoza de una infraestructura competitiva para fijar población y crecer por sí mismo. Sin industria ni comercio, subsiste de las pocas explotaciones agrícolas que, forzosamente, están en

manos de unos pocos agricultores que apenas sacan rendimiento a sus tierras. “Nos hace falta dinero

“Los días de fiesta la plaza del pueblo está repleta de chiquillos, es maravilloso volver a escuchar en el pueblo el griterío de los niños”.

e inversiones externas –dice su alcaldesa–, aunque imagino que como a todo el mundo rural, pero al menos aquí tenemos iniciativas y al pueblo se le ve con ganas de salir adelante”. Muestra de ello son los proyectos de asfaltar todas las calles de la localidad, cambiar las tuberías y construir unas piscinas municipales para las que ya hay

terreno elegido y a las que sólo les hace falta tener adjudicada una partida presupuestaria.

Los proyectos que están por llegar hacen que esta “gran comunidad de vecinos” –como Corthay califica en ocasiones a su pueblo– vea el futuro con moderado optimismo. Este verano seguro que somos más de 500 personas en el pueblo y para que todos estemos a gusto “siempre habrá algo que mejorar –añade–, aunque con lo que hemos hecho ya estamos más que satisfechos”.

Pablo Naudín

